
GONZALO HERNANDEZ DE ALBA
(1934-1991)

Víctor Florián
Universidad Nacional de Colombia

Al registrar la temprana desaparición, el 27 de diciembre de 1991 en Santafé de Bogotá, de Gonzalo Hernández de Alba, miembro del Comité de redacción de *Ideas y Valores* y docente en la Universidad Nacional de Colombia desde 1975, es imposible hacer abstracción de esa bella imagen del filósofo viajero, caminante por la ruta de los libros y el pensamiento. Porque sorprende quizás que mientras su actividad docente durante el último año se centraba en Kierkegaard y Sartre, paralelamente como historiador de las ideas en Colombia nos entregaba una extensa obra *Quinas amargas: El sabio Mutis y la discusión naturalista del siglo XVIII* (254 páginas).

Quinas amargas, publicada por Tercer Mundo Editores, 1991, y la Academia de Historia de Colombia, constituye un aporte bien significativo de la historiografía de la Ilustración en el Nuevo Reino de Granada, tema del cual se ocupó el autor en los últimos diez años. Al siglo XVIII se le ha caracterizado corrientemente por las expresiones “Siglo de las Luces” y siglo de la “sensibilidad”. Para Gonzalo, abordar la Ilustración y sus repercusiones en el Nuevo Mundo implica instalarse en el corazón mismo de la Ilustración vista como un “complejo tejido político, cultural, filosófico y científico”. Es en este contexto como puede afirmar que “Mutis es un producto directo de la Ilustración hispánica” y que con él “se inicia nuestra cultura científica”. El capítulo I de esta obra comienza precisamente con la narración sobre la llegada de Don José Celestino Bruno Mutis al Nuevo Reino de Granada en calidad de médico acompañante del Virrey Don Pedro de la Zerda.

“El siglo XVIII, el gran momento de las Luces, significa para la ciencia de Europa la afirmación definitiva de la importancia de las ciencias naturales en el seno de una sociedad tradicional”. Es esta una afirmación que Hernández de Alba convierte en marco de referencia para el análisis de lo

que significó la vuelta a la naturaleza con sus manifestaciones inmediatas (la aparición de jardines botánicos, los gabinetes de historia natural, los viajes de los exploradores) y la fe en la razón, justamente en el ámbito de un país que encarnaba la negación de ésta. Cádiz, destaca el autor, era la más cosmopolita de las sociedades españolas del siglo XVIII y giraba entre lo económico y lo científico; allí Mutis recibió una educación abierta a las nuevas concepciones cosmológicas (Bacon divulgado por Feijóo, Descartes divulgado por los jesuitas) y a los nuevos paradigmas metodológicos (Galileo, Newton). La asimilación del método en el conocimiento de la naturaleza y la comprobación experimental en la investigación de ella son herramientas básicas para la actividad del creador de la Expedición Botánica y maestro en astronomía, ciencias naturales y medicina. Una de las tareas primordiales de la Expedición, señala Hernández de Alba, es estudiar las quinas cuya utilización como febrífugo era corriente en Quito hacia 1630. “El difícil problema de las quinas” (cap. 4) aborda los enigmas y controversias alrededor de la cinchona (Linneo) o Peruviana, las virtudes terapéuticas de los Polvos de la Virreina o del Bálsamo de la vida (Mutis), así como la relación entre saber indígena y botánica clasificatoria. De ahí en adelante el resto de la obra son páginas consagradas a la labor desarrollada por el sabio gaditano: “El sabio y la Expedición Botánica” (cap. 5), “El sabio y el comisionado” (6), “El sabio y los planes de la quina” (7), “El sabio y su secreto” (8). El pensamiento científico y el pensamiento filosófico de Mutis, tan bien explorados por el autor, no pueden comprenderse más que vinculados a un conjunto de actividades como catedrático, formador de nuevas mentalidades, y obviamente, como figura clave para los inicios de la modernidad en nuestro medio. Poco a poco se convirtió el sabio Mutis en una especie de oráculo de la ciencia en el Nuevo Reino de Granada, anota Hernández de Alba. Apreciación que ya se esboza en los Documentos y Apéndices que conforman la obra *Pensamiento científico y filosófico de José Celestino Mutis* (ediciones Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1982), con Prólogo de Gonzalo Hernández de Alba (págs. 3-30).

Hay algo especial en el trabajo historiográfico del profesor Hernández de Alba y que es preciso reconocer. Es el trasfondo filosófico que acompaña la utilización de los documentos, facilitado en parte por su misma formación superior en el área de Filosofía y Letras (Universidad de los Andes, Bogotá), los estudios de Magister en Filosofía (Universidad Autónoma de México) y sobre todo por el ejercicio docente en diversas universidades: Universidad Autónoma de Nuevo León (México), Universidad del Valle (Colombia), Universidad Autónoma de México, y Universidad Nacional de Colombia (desde 1975). De esta manera no es extraño que en una de sus últimas cátedras en la Universidad Nacional se hubiera centrado en Sartre con

retroalimentación en el Sartre de la *Crítica de la razón dialéctica*, *La Náusea*, *El ser y la nada*, expuesto en *Personalidad e historia* (capítulo IV “Personalidad y existencia”) y en “Sartre y el problema de la historia” (*Humanitas*, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1964).

Reflexión, crítica, análisis, son ya exigencias planteadas al filósofo de la historia en la tesis de Magister *Personalidad e historia*, dirigida por el doctor José Gaos y publicada por la Universidad de Nuevo León, Monterrey, 1964. Se trata de indagar por las relaciones entre personalidad e historia. Porque, afirma Hernández de Alba, “No solo hay héroes en la historia. Para ver la historia es necesario tener en cuenta la sociedad, la comunidad, la masa y, dentro de ella, al individuo, al hombre común. Al hombre sin aparente trascendencia histórica. Al hombre base, que nace, vive y muere callado... Nos dimos cuenta con cierta claridad que en historia no todo puede ser dejar o tomar. Se necesitan pruebas, se exigen análisis. La época de fe en la historia, así como en filosofía, en ciencias sociales o culturales había, para nosotros, muerto sin remedio” (p. 10). Para las relaciones entre personalidad e historia el punto de partida lo constituye una precisión terminológica de los conceptos Héroe, Personalidad, Historia (capítulos 1 y 2) que permite entrar luego en las relaciones entre Personalidad y suceso (cap. 3), Personalidad y existencia (4), Personalidad y sociedad (5), Personalidades y azar (capítulo 6).

En *Los árboles de la libertad: Ecos de Francia en la Nueva Granada* (Planeta, Bogotá, 1989) se puede seguir de cerca la importancia que tuvo la Revolución Francesa en nuestro medio, sus influjos y consecuencias. Porque no sólo fueron los libros de Rousseau, Voltaire, Diderot y D’Alembert los que se convirtieron en acicate del pensamiento criollo sino también la presencia y asimilación de símbolos revolucionarios: el árbol de la libertad, el gorro frigio, la escarapela. Asimilación bien visible a través de las ceremonias de plantar el árbol en la Villa de Honda el 19 de abril de 1813, en Santafé de Bogotá y en lo que es Funza hoy. Para la Francia revolucionaria, “el árbol significa el adiós a un viejo mundo y el nacimiento de otro nuevo”; la escarapela fue un símbolo igualador, el símbolo del patriotismo y de lo revolucionario. “Ahora me parece que la influencia de los hechos de la Revolución de los franceses se hace más directa, más inmediata y menos discutible” es una conclusión a la que llega Hernández de Alba luego de ese amplio análisis del impacto y la aceptación de dichos símbolos en el Nuevo Reino, las estrechas “coincidencias simbólicas”.

“En un principio todo era América” es el trabajo leído en la Academia Colombiana de Historia para posesionarse como Miembro de Número el 8

de mayo de 1986. Fue publicado por el Boletín de Historia y Antigüedades, 753, abril-mayo-junio de 1986. En esta misma línea de investigación cabe mencionar también los escritos “La naturaleza en la obra de Colón”, “Los criollos y el descubrimiento”, publicados en Correo de los Andes. Es preciso destacar igualmente los artículos que configuran buena parte de la reflexión sobre la filosofía de la historia:

“Notas sobre la epistemología analítica de la historia” (*Ideas y Valores*, 46-47, agosto de 1976); “Dos modelos y dos alternativas epistemológicas” (*Ideas y Valores*, 53-54, diciembre de 1978); “La historia en la filosofía de Kant” (*Ideas y Valores*, 51-52, abril 1978); “El documento, la huella, el dato” (*Eco*, 197, marzo de 1978); “Sobre la temporalidad histórica en Kant” (*Ideas y Valores*, 66-67, abril 1985).

En este rápido recorrido por la obra de Gonzalo Hernández de Alba, y sin pretender abarcarla en su totalidad, se nos hace evidente con toda claridad una actitud nómada asumida como catedrático de filosofía e historiador de las ideas en Colombia, por la cual pudo franquear los límites del espacio universitario. Nos la muestran la dirección científica de la *Historia de Colombia Salvat*, los aportes con ponencia en el coloquio de la Sociedad Colombiana de Filosofía realizado en Cali, la traducción del francés de la tesis inédita de su padre Gregorio Hernández de Alba, *La cultura arqueológica de San Agustín* (con prólogo del traductor) y los prólogos a *La Expedición corográfica*, (Valencia Editores), a *Los Derechos del hombre* (Instituto Caro y Cuervo y Presidencia de la República). La traducción del francés, además del vínculo afectivo que la presidía, iba acompañada también de un reconocimiento, expresado con alguna frecuencia por Gonzalo, del francés como su segunda lengua. Su obra, sin lugar a dudas, queda inconclusa pues se sabe que preparaba también una publicación sobre Francisco José de Caldas y las ciencias en la Nueva Granada.